El negro ardió como el sol

Autor: Cipriano Lorenzo de Ara Rodríguez
Categoría: Drama
Publicado el: 07/07/2021

Saco la pistola y él se deja cagar.

El negro se pone a temblar y eso no me lo esperaba.

Un negro de casi dos metros y hecho de piedra no tiembla porque un blanco de un metro setenta y cinco le enseña una pistola en un callejón. O eso pensaba.

Se echó a llorar. Poco a poco. Acabó llorando y gimiendo.

Bonifacio me había ordenado matarlo. “Mátalo”, me ordenó con un perrito caliente y bebiéndose una coca-cola. “Mátalo y luego préndele fuego”. Se comió el perrito y se metió en el coche. Bajó la ventanilla. “Mátalo, joder. Lo quiero muerto esta noche. Y lo quiero quemado esta noche”. Subió el cristal y desapareció en una calle que se parecía a las calles de Nueva York, pero en Argamasilla.

Le pegué el primer tiro en la frente. Cayó. Muerto. Y luego disparé cuatro veces más. En la cara. En el pecho. Otras dos veces en la cabeza. Ya estaba muerto. Olía a muerto.

La gasolina se desparramó sobre el negro. Una cerilla bastó para ejecutar la orden de Bonifacio, que a esa hora de la noche follaba con una de sus chicas, seguro.

El negro ardió como el sol.

Buen trabajo.

Antes del amanecer informé a Bonifacio.

Me pagó bien. Muy bien.

Me contó otra vez que él nunca dormía. Llevaba años sin dormir. Se sentaba en la oscuridad y así permanecía. Medio quieto. A veces se hacía una paja. A veces bebía. A veces se entretenía leyendo biografías de generales de puta madre. Eso decía. Yo no le creía. Todos los hombres duermen. Duermen hasta los inmortales.

En mi cuarto disfruté de una ducha de agua fría. Me tumbé sobre la cama. Dormí como un angelito. Soñé con un parque de atracciones. Cuando desperté eran las siete y media de la tarde. Tenía hambre.

Entonces el jodido fantasma del negro estaba allí. En la cocina. Comiendo. Tranquilo. Oliendo a quemado. El cuerpo chamuscado. Con los agujeros de las balas. Feo. Me invitó a tomar asiento.

El desayuno merienda cena no me gustó. Ni las tostadas con mantequilla y mermelada. Ni la leche. Ni los huevos fritos con sus papas fritas ni la carne chicago ni la Estrella Galicia. Pero al negro todo le gustaba. Tenía apetito.

-Te preguntarás por qué lloraba antes de los disparos, ¿verdad?

Pues no. Claro que no.

Lo que me preguntaba en ese momento, coño, es cómo era posible que estuviera hablando con él en mi cocina. Desayunando, merendando, cenando bebiendo leche, sentados los dos, como si nada. Esa era la puta pregunta que me hacía, y no otra. No preguntaba por qué lloró un par de segundos antes de recibir el primer balazo un negro de dos metros de cemento armado.

-Lloraba porque sabía lo que iba a pasar. Y ha pasado. Lo estaba viendo, tío. Veía esta comida, esta cocina, este apartamento. Veía incluso lo que todavía no ha pasado. Lo que te va a pasar. Y no lloraba por lo que te va a pasar antes de un par de días. Lloraba porque no entendía nada. ¿Tú entiendes algo?

Dije que no moviendo la cabeza.

-Vas a levantarte para coger la pistola. Volverás a dispararme. Y yo dejaré de hablar, claro. Te asegurarás de que esté muerto. Otra vez muerto. Y estaré muerto. Pero no olvidarás que una vez más lloré antes del primer disparo. Que temblaba. Un hombre de dos metros. Hecho de piedra. Violador y asesino como tú, pero con lágrimas como perlas en la cara.

Me levanté para coger la pistola que estaba en el dormitorio. Regresé a la cocina. El negro se había levantado. Lloraba. Temblaba. Me acerqué más a su cuerpo que la primera vez. Y entonces

llegó una idea. Dispararle a los ojos. Dos tiros. A los ojos. Ya está.

Volvió a caer.

Se lo conté a Bonifacio. Se reía escandalosamente. Me pidió que le contara la historia más de mil veces. Me despidió con un abrazo de amigo. La primera vez que recibía un abrazo.

Bonifacio envió a tres hombres a recoger al negro de mi apartamento. Se lo llevaron al Charco del Viento. Allí lo lanzaron. Ciego. Pero muerto.

-Tengo un trabajito para ti.

-Escucho.

-Mata a todos los ciegos de esta ciudad. Niños, hombres, mujeres, viejos. Todos los ciegos. Mátalos a todos, joder.

-Llevará tiempo.

-¿Tiempo? Lo que hay que saber es si el Charco del Viento tiene capacidad para tragarlos a todos.

-¿Por qué los ciegos?

-Preguntas demasiado. Pero los ciegos deben morir. Acércate.

Me llevó a la calle. Había coches, autobuses, edificios, personas, perros, putas, maricones, políticos, banqueros, pobres, flores, bichos.

-¿Qué ves?

-Lo de todos los días.

-¡Pues que mueran los ciegos, joder!

Y me dejó solo en la calle. Escuché el portazo. Agarré la pistola. Tenía trabajo que hacer.

Publicado bajo licencia Creative Commons BY-NC-ND

Enlace original del relato: ir al relato
Otros relatos del mismo autor: Cipriano Lorenzo de Ara Rodríguez
Más relatos de la categoría: Drama
Muchos más relatos en: cortorelatos.com